

18 SET

CINEMA

El Sí de las Niñas

Por LUIS AMADO-BLANCO

(CRITICO DE "INFORMACION". (MIEMBRO DE ARTYC)

Para comenzar su nueva cruzada de "Teatro del Pueblo", el Departamento de Bellas Artes del Gobierno Municipal —que tan admirablemente dirige Angel del



Cerro—ha puesto en la escena del Anfiteatro de la Avenida del Puerto, nada menos que "El sí de las Niñas", de Don Leandro Fernández Moratín, dramaturgo español un tanto olvidado. Comedia risueña, aleccionadora, con sus ribetes de moraleja para que el público se vaya a la cama con la satisfacción de haber aprendido algo más, antes de liquidar el día. Una fina comedia con nada y con todo: Buen decir, mejor hacer técnico, y sobre todo, cumpliendo a la perfección aquellas proposiciones escénicas que su autor defendía, sin capa y sin espada, pero con la delicada dialéctica de su pluma. Porque, Moratín—hijo— fue más que otra cosa, un propugnador de la preceptiva

teatral llevada a la máxima expresión y la suma delicadeza. No tuvo él la culpa sino su tiempo literario, enfermo de menudencias. Un tiempo en el que sin embargo latía la sangre de un Bethoven y de Goya. Pero a pesar de las inmortales sinfonías y de los dibujos estremecedores, el señor Moratín, enguantado en el clasicismo galo, no hacía otra cosa que rumiar sus equilibrados desesperanzas, dejando entrever —entrever tan solo— un trasfondo preromántico, precursor de lo que había de llegar con viento desatado. Es doloroso Mas, pensando en España y en Goya, en el dolor hispánico que hizo posible los aguafuertes del pintor egregio, Moratín nos luce un tanto extranjero en su patria, como si las heridas fueran de otros, del pueblo soberano y los elegidos solo estuvieran en este pícaro mundo para cantar el poñiente dulzón de los jardines.

En realidad, el señor Moratín, no me fue simpático a pesar de que mi primera experiencia teatral, de muy niño, fue esta singular comedia por donde se posea el recuerdo de Moliere, sin su sonrisa maliciosa y profundamente desenfadada. La recuerdo como si fuera hoy; pero no voy a contársela ahora a mis lectores. Tiempo habrá otro día con más calma. El caso es que, a pesar de mi antipatía personal, no puedo dejar de reconocer que "El sí de las Niñas", resulta un sabroso cuadro de costumbres, y que sus personajes están manejados con mano maestra, aunque un tanto fría.

Adolfo de Luis, como director —magníficamente ayudado por José Miguel— ese escenógrafo diñador de vestuarios que se va graduando de maestro con cada nueva presentación— logró un buen conjunto, buena disposición de tablado, y excelente movimiento de la obra moratiana. La pieza fluyó suave, deliciosa, como deben fluir las fuentes de las altas montañas. Frescas, sobre todo frescas. Sin un tropiezo, sin un fallo, sin una mentira. Daba gusto beber sus escenas así como si fueran del viejo tiempo, revivido en un cálido sueño, tal vez noche de primavera. Claro que José de San Antón andaba por el medio, y José de San Antón, a pesar de sus repeticiones consabidas, y de sus trucos, resulta ser lo que es, un gran actor que no se esfuerza demasiado cuando no lo empujan. En esta ocasión parece que lo obligaron, o mejor dicho, el papel le venía como anillo al dedo, y salió triunfante en todo momento, llevando por sí solo el vigor de la comedia hacia el puerto final, entre los aplausos del respetable. Flojo, des-

vainado, moratiano en suma, Augusto Borges, en el Don Carlos, enamorado de la novia de su anciano tío. Chulapona, acaso demasiado chulapona, Rosario Carmoña en la Doña Irene de sus muchos pecados, acaso para recordar, nos la brisa de Goya por las esquinas de las calles. Y bonita, muy bonita, de voz mimosa y conveniente, Marta del Rio en la Doña Francisca, jovencita apasionada, a pesar del tratamiento. Cordiales criados, Eugenio Domínguez y Coqui García, con una salsa clásica, que por Dios hubieran repudiado los señores Moratín, padre e hijo, enemigos acérrimos de Calderón y Lope, por el terrible pecado de fallar genialmente las ordenanzas preceptivas de sus teorías.

Un magnífico decorado —como dijimos— de José Miguel, nos recordaba la vieja Posada de la Sangre, en Toledo, por la que anduvo Don Miguel de Cervantes con la tristeza a cuestras de su Caballero de las Triste Figura y la socarronería del malicioso Sancho. Trajes inspirados en las pinturas del diablo y colérico sordo. Tan solo por esto merecía la pena asistir al Anfiteatro de la Avenida del Puerto, colmado de fervoroso público la noche de nuestra asistencia. Magnífico comienzo para el "Teatro del Pueblo". Una idea hermosa, de auténtico servicio popular, en esta hora en que Cuba se levanta majestuosa sobre las tristes cenizas de su pasado.

L. A. B.